



JUAN FORN

CORAZONES

emecé

Juan Forn

Corazones

Vos no eras así. Algo pasó, es cierto. Pero nadie se puso a pensar que, cuando eras esa criatura apacible que hoy todos se preguntan adónde fue a parar, vos no *sabías* que lo eras. Bastó que te dieras cuenta para que algo empezara a cambiar. ¿Qué? No tenés la menor idea; los demás son los que dicen que antes no eras así. La gente prefiere ver la idea que tienen de una persona más que a la persona en sí. A nadie le gusta que, de un día para el otro, no seas el mismo de ayer y los obligues a entender en qué te has convertido.

Puede que los demás no lo vean, pero ya no sos una criatura. No podrías explicar qué sos, porque no lo sabés —y tampoco es algo que te interese demasiado—, pero al menos no sos *solamente* una criatura. Esas cosas pensabas en el asiento del ómnibus rumbo a La Cumbre, mientras el vidrio de la

ventanilla se iba empañando por enésima vez y las luces de los autos que venían por la ruta cortaban la uniformidad de la noche.

Llegaste un domingo a la mañana, desde Buenos Aires. El lunes empezabas el colegio con los curas —vos empezabas; las clases habían empezado hacía rato—. Fue de las primeras cosas que te dijo Galo cuando apareció a buscarte por la terminal. Llegó después de que el ómnibus volviese a la ruta, y se bajó del auto sin apagar el motor. Eran las siete y media de la mañana; llevabas una eternidad esperándolo en la terminal desierta. Había helado a la noche; el aire y las cosas a tu alrededor estaban descoloridos, como si los hubiesen rociado con agua lechosa.

—Primera vez que no se atrasa Chevallier —dijo, después de palmearte el hombro. Vos te habías parado en cuanto lo viste bajar del auto.

—No era Chevallier. Vine en COTIL.

—Con razón. Chevallier va a tardar veinte minutos más, por lo menos. —Se frotó las manos y miró la hora—. Qué raro. El bar está cerrado. ¿Desayunaste, chiquilín?

Pero vos ya tenías la valija en la mano. Temblabas de frío, apretabas los dientes para que no castañetearan. Por un segundo Galo pareció dispuesto a esperar a que abriese el bar, pero después metió

las manos en los bolsillos y caminó hasta el auto. Cuando te abrió la puerta y echó hacia adelante el asiento del acompañante para que entraras la valija, preguntaste por qué dejaba el motor en marcha. Él dijo que, si lo apagaba con ese frío, después no había forma de hacerlo arrancar.

—¿No vas a cambiarlo nunca?

Galo te miró desde su asiento. Enseguida te acordaste de lo que decía tu madre, antes de que pasara lo que pasó hace dos meses: «Ya me tiene harta esa mirada de los Pujol. Te miran como si entenderlos fuera la cosa más simple del mundo. Se lo repetí muchas veces a tu padre y a vos te digo lo mismo. Para personajes, con tu abuelo ya es más que suficiente en una sola familia». Tu madre y Galo nunca se llevaron del todo bien.

—Es un Volkswagen 52 —dijo él—. No un cachivache cualquiera.

No te animaste a hablar en el resto del viaje. No había un alma por la calle, pero Galo manejaba despacio. Hacía tanto frío adentro del auto como afuera.

—Mañana empezás el colegio —dijo él de pronto—. Con los curas. Te anoté la semana pasada. A la tarde podés hacer lo que quieras.

—¿Con los curas?

—No pretenderás que se te pague el Saint Mark's después de la que te mandaste. Y esos colegios ingleses son para esnobs.

—También hay curas esnobs.

Se lo habías oído decir a él mismo una vez, antes de que muriera tu abuela, en la época en que toda la familia veraneaba en la casa grande, en la época en que nadie parecía tener particulares problemas con vos. Galo era el único que no iba a misa, ni siquiera en Navidad.

—En Buenos Aires —dijo él—. Acá son brutos, solamente. Y eso no es asunto tuyo. Ya lo discutimos tu madre y yo.

Después de esa conversación casi no tuviste contacto con él. Esa noche, en la mesa, apenas te habló, y de todas maneras casi no podías tener los ojos abiertos para esa hora. El lunes, en el primer recreo, te pareció distinguir el Volkswagen estacionado afuera del colegio; pero cuando volviste a almorzar Amelia te dijo que Galo se había ido a Córdoba temprano, y todavía no volvió. No hay mucho que hacer, a la tarde, salvo recorrer las habitaciones vacías. Hace muchísimo más frío que en Buenos Aires, no hay televisión, no encontraste una mísera revista en toda la casa.

El domingo te perdiste el almuerzo; no habías dormido mucho durante el viaje y te tiraste un rato en la cama al llegar. Nadie te despertó al mediodía. Abriste los ojos a las tres y media, totalmente desorientado. Tu valija no estaba donde la habías dejado y alguien te había tapado con una manta.

Al abrir los ojos te quedaste quieto, atento a cualquier sonido. La primera diferencia notable fueron los crujidos del piso de madera: leves, dispersos, casi inaudibles. La segunda fue el roce de las ramas y las hojas de los árboles con el viento. La tercera fue el olor de la frazada y del cuarto entero, y tardó en llegar. Pero en cuanto lo oliste a fondo te levantaste como un resorte, como si hubiese terminado de desvanecerse la inquietud de abrir los ojos en un lugar que no reconocías.

Tenías el cuerpo dolorido y un sopor que filtró el sonido de tus pasos al bajar por la escalera. Desde la galería viste que el pasto estaba cubierto de hojas secas. Pasaste por al lado del garaje y subiste los escalones de piedra que van a la pileta. Querías ver cómo estaba la casita.

Cuando eras chico ahí estaban los vestuarios para los invitados; después Galo tiró abajo la pared interna que separaba el sector de hombres del de mujeres y los convirtió en un solo cuarto largo, donde puso una cama, un ropero, una mesa con su

silla y, al fondo, un lavatorio y un inodoro. La llave seguía estando debajo de una maceta, en el último escalón de la entrada. Adentro hacía un frío casi líquido de tan húmedo. Probaste la luz; funcionaba. El colchón estaba enrollado a los pies de la cama. Te sentaste sobre el elástico de hierro, hasta que te asqueó el olor. Cerraste con llave y te la guardaste en el bolsillo.

Hace cuatro o cinco años, llegabas a La Cumbre en diciembre y te quedabas hasta marzo. No sólo vos; todos tus primos. Padres y tíos llegaban antes de Navidad, volvían veinte días en enero o en febrero y aparecían de nuevo a buscarlos a principios de marzo, o mandaban los pasajes para ustedes desde Buenos Aires. Cuanta más gente grande había en la casa, menos divertido era para ustedes: estaba prohibido gritar y hacer escándalo en la pileta, tirar con gomera a las cotorras, arrancar fruta de los árboles, caminar por el techo del garaje. Los primeros días de diciembre y los últimos de febrero eran la mejor época; la única persona que se ocupaba de ustedes parecía ser Amelia. Una de las pocas cosas que te divertía hacer solo era espiarla mientras planchaba la ropa o se recostaba a escuchar la radio después de lavar los platos del almuerzo.

Cuando bajaste del auto con Galo, el domingo a la mañana, ella estaba esperándolos con el desayuno servido. Galo bebió una taza de café negro y se fue para adentro. Amelia se sentó entonces a tu lado, en la mesa del office, y preguntó cómo estaban tu madre y tu hermana. Te había pasado la mano por el pelo y de pronto se quedó mirándote sin decir nada. Estaba tan linda como siempre.

Al salir de la casita te quedaste un rato sentado en el borde de la pileta, mirando el agua verde y llena de hojas podridas. La pileta está en la parte más alta de la loma; hay una escalera de piedra que baja a la casa grande y, desde ahí, un camino de grava que hace una curva y sigue bajando hasta la calle. Junto al portón, allá abajo, están los nogales y un enorme tronco caído que nunca hacharon para hacer leña y se fue cubriendo de enredaderas. Terminaste la recorrida sentado ahí, tirando pedacitos de corteza a la calle, a través del cerco.

Entonces viste llegar a Aurorita. Tenía el pelo revuelto y la nariz enrojecida por el frío. Había crecido bastante, la cara parecía menos redonda y el pelo no le llegaba a los hombros.

—Hola, Iván —dijo, y frenó la bicicleta al pasar el portón.

Vos seguías sentado sobre el tronco caído. Hola, dijiste, con la cabeza baja. Ella apoyó la bicicleta en el pasto y se acercó.

—Cómo dormías, hoy. Mi mamá y yo te guardamos la ropa.

—Me imaginé —dijiste entre dientes y arrancaste otro pedazo de corteza. Tenías que empezar a acostumbrarte a ese frío; de alguna manera tendrías que empezar a acostumbrarte.

—Tu abuelo nos dijo que venías.

Miraste la bicicleta y te dieron ganas de pedírsela prestada. No era que tuvieses tantas ganas de andar, pero te molestaba que Aurorita hablase como si hubiera estado esperándote, o sintiera que tenía que darte la bienvenida. En realidad, querías pedírsela prestada sólo para incomodarla, porque ésa es la clase de cosas que, si te las hacen a vos, te fastidian. Pero te pareció que a ella no iba a importarle en lo más mínimo prestártela, y te quedaste callado.

Ella estaba contando los preparativos que hicieron en la casa grande cuando Galo avisó que venías como si fueran algo apasionante. Hablaba con muy poca tonada; no parecía cordobesa. Igual que Amelia. Claro que Amelia no es cordobesa.

—Podemos ir a la escuela juntos, mañana —dijo de pronto—. Entramos a la misma hora. ¡Eh!, Iván. ¿Querés?

La miraste:

—¿Seguís yendo al colegio?

—Claro —dijo—. Entré a primer año, como vos.
¿Por qué?

No sé, contestaste. Y te encogiste de hombros. Aurorita te miraba con las manos en los bolsillos de su saco de lana.

—Estás más alto —dijo, al rato. Y cambiando totalmente la voz—: Cuando tu abuelo nos avisó que venías, creímos que era para las vacaciones de invierno. No ahora.

Bajaste del tronco de un salto. Ella no se movió, aunque caíste casi a sus pies. No hablaba así porque no supiera, sino porque no se animaba a decir que sí sabía lo que pasó.

—¿No dijo que me echaron del colegio en Buenos Aires? ¿Y que nadie me aguanta más?

Te sacudiste la parte de atrás del pantalón. Aurorita cabeceó para sacarse un mechón de pelo de la cara. Fue como si señalara la casa grande; y, sin querer, miraste hacia allá.

—Mi mamá dice que lo que pasa es que nadie te sabe tratar. Que sos buenísimo, pero un poco arisco.

—Ariscos son los caballos —dijiste—. Y, además, ella qué sabe. Hace un frío de cagarse.

Aurorita se agachó a recoger un yuyo y se lo puso en la boca. Vos te diste vuelta y empezaste a hacer saltar la corteza del tronco con el pie.

—Cómo vamos a ir juntos mañana —dijiste, sin mirarla—, si no tengo bicicleta.

—Sí tenés. Tu abuelo mandó arreglar una que había en el galpón. Quedó nuevita.

Faltaba poco para que oscureciera. Por la calle de tierra pasaban los primeros autos con los faros prendidos.

—Cuándo dijo eso tu mamá —preguntaste.

—Qué cosa.

—Que soy arisco. ¿Hace poco?

Ella levantó la bicicleta y acomodó un paquete que llevaba en la parte de atrás. Contestó sin mirarte:

—No sé. Pero siempre dice que sos buenísimo —agregó enseguida, levantando la cabeza hacia vos. Oyeron ruidos desde la casa grande. Era Amelia, que estaba cerrando los postigos—. Te llevo —dijo Aurorita—; vení.

Cuando te sentaste y ella empezó a pedalear, oliste el mismo perfume que le sentías a Amelia de chico. Una mezcla de olor a fruta y a limpio, un olor fresco. Amelia hacía tallarines caseros todos los sábados del verano a mediodía, sobre el mantel de hule de la mesa de la cocina. Primero preparaba la masa y después la cortaba en tiritas. Todos uste-

des estaban alrededor de la mesa, mirando. Era el lugar que más les gustaba de la casa. La negra mole de hierro de la cocina económica, el cajón de la leña a un costado y, más allá, en un rincón, la moderna cocina a gas, los tarros de dulce casero en los estantes, la bolsa de género blanco donde se ponía el pan fresco todas las mañanas. Cuando Amelia te rozaba mientras espolvoreaba harina sobre la masa, le olías ese perfume y apretabas las manos contra el borde de la mesa. Siempre cantaba bajito mientras amasaba, y dejaba que ustedes terminaran las estrofas. Aurorita era la única que sabía la letra de todas las canciones.

—Tu bici está adentro —dijo ella cuando frenaron delante del garaje—. Recién pintada y todo.

—La veo después. Estoy muerto de hambre. —Y te metiste en la cocina. Con un pedazo de pan y un triángulo de queso Adler en la mano subiste a tu cuarto. La casa estaba vacía, pero había un montón de luces prendidas. Amelia está poniendo la mesa para Galo y para vos cuando bajás una hora después a comer. Se oye música desde el escritorio, pero está la puerta cerrada. Es un concierto, o algo así.

—¿Recién te levantás? —dice Amelia.

Acabás de darte una ducha. Estás de espaldas al fuego de la chimenea, tratando de entrar en calor. En pleno baño el agua empezó a salir helada.

—No. Anduve por ahí toda la tarde.

Y agregás:

—Estuve con Aurorita, hace un rato.

—Ya me enteré —dice Amelia con una sonrisa, mientras dobla una servilleta limpia y la inserta en un aro de metal. En ese momento entra Aurorita por la puerta que da a la cocina, con una jarra de agua. La apoya sobre la mesa y espera que se vaya su madre, alisando el mantel y acomodando milimétricamente los vasos. Cuando Amelia sale, te mira muy seria y dice:

—Ya no me dicen más Aurorita, ¿sabés?